

ALIAGA JIMÉNEZ, José Luis / BENÍTEZ MARCO, M.^a Pilar (2011): *El Estudio de Filología de Aragón. Historia de una institución y de una época*. Zaragoza: Institución «Fernando el Católico», 606 págs.

Este interesantísimo libro es producto de la convergencia de dos libros anteriores y de dos líneas de investigación centradas en la historia de la filología aragonesa en el siglo xx.

Primeramente se publicó el libro *Textos lexicográficos aragoneses de Benito Coll y Altabás (1902-1903) presentados al Estudio de Filología de Aragón. Edición y estudio* (Zaragoza, Libros Pórtico, 1999), de José Luis Aliaga Jiménez y María Luisa Arnal Purroy, ambos profesores en la Universidad de Zaragoza. En este libro se editaban dos «colecciones de voces aragonesas» que el abogado binefarense había redactado en 1902 y 1903 y que tras ser remitidas al Estudio de Filología de Aragón habían sido publicadas en el *Boletín Oficial de la Provincia de Zaragoza* en los años 1921-1923 y 1918-1920, respectivamente. Además, en él se valoraba no solo la aportación lexicográfica, sino también, en general, la filológica, pues el prólogo a la colección de 1921-1923 incluye una serie de consideraciones muy acertadas sobre el aragonés, así como el primer esbozo conocido de una gramática del aragonés, basada en las hablas populares de Ribagorza, Sobrarbe y el Somontano.

Posteriormente, José Luis Aliaga recuperó otras varias colecciones de voces aragonesas que habían sido publicadas en los Boletines provinciales de Huesca y de Zaragoza, y que habían pasado desapercibidas hasta la actualidad. Nos referimos a los trabajos: «Documentos lexicográficos del Estudio de Filología de Aragón (I)», *Archivo de Filología Aragonesa*, 54-55 (1998), pp. 369-422, y «Documentos lexicográficos del Estudio de Filología de Aragón (II)», *Archivo de Filología Aragonesa*, 56 (1999-2000), pp. 337-442.

Por su parte, M.^a Pilar Benítez había publicado recientemente el libro titulado *María Moliner y las primeras estudiosas del aragonés y del catalán de Aragón* (Zaragoza, Rolde de Estudios Aragoneses, 2010), en el que repasaba las biografías y realizaciones de mujeres aragonesas, en algunos casos las primeras licenciadas en Filosofía y Letras en Aragón, que habían dedicado parte de su vida al estudio del aragonés o del catalán; y, contando con documentación inédita hasta el momento, destacaba especialmente el trabajo desarrollado en el Estudio de Filología de Aragón por un nutrido grupo de mujeres, pero sobre todo Áurea Javierre y María Moliner, que fueron las primeras secretarías redactoras.

Ahora convergen estos trabajos y estas dos líneas de investigación en el libro que aquí reseñamos, en el que los autores, José Luis Aliaga y M.^a Pilar Benítez, tras haber localizado en el Colegio Mayor Miraflores, de Zaragoza, el legado del que fue director del Estudio de Filología de Aragón (EFA), Juan Moneva y Puyol, han podido profundizar en los avatares de la institución, concretando muchos aspectos hasta ahora apenas conocidos, y al mismo tiempo trazar un esbozo de la historia de la filología en Aragón en el primer cuarto del siglo xx.

La historia del Estudio de Filología de Aragón (EFA) se puede resumir, de acuerdo con los datos que nos ofrece este libro, en las siguientes fechas clave:

1901: primeras noticias sobre el proyecto que luego encarnaría el EFA.

1915: creación del EFA.

1915-1925: primera etapa del EFA, la más fructífera.

1925-1929: se suspende el funcionamiento del EFA durante la Dictadura de Primo de Rivera.

1930-1931: última etapa del EFA, que desaparece al advenimiento de la República.

La fuente principal de datos son los llamados *Libros diarios de trabajos*, de 1915 a 1930, que forman parte del legado y que en este libro se editan íntegros (ocupan las pp. 141-601), y además se interpretan a la luz de otras informaciones, en especial la documentación que se encuentra en el Archivo de la Diputación de Zaragoza. Pero los autores subrayan la escasísima repercusión que tuvo la labor del EFA, tanto durante su época activa como inmediatamente después, de manera que ha pasado casi inadvertida en las investigaciones sobre la historia social y cultural del primer tercio del siglo xx en Aragón. Consideran que fue un proyecto ambicioso al que no se le concedió una verdadera oportunidad y llegan a hablar de una «conjuración de silencio».

En el capítulo primero (pp. 9-23) los autores exponen la trayectoria del Estudio de Filología de Aragón en el contexto sociocultural y lingüístico de Aragón y de España en general.

El Estudio de Filología de Aragón se define como «Centro de investigación científica que tiene por objeto la materia expresada en su título, y aquellas otras que para ello son medio necesario». Es decir, un centro de investigación dedicado a los estudios de carácter filológico, al estudio del «habla regional». Y este carácter se mantuvo en lo esencial hasta su desaparición, si bien en 1923 pasó a denominarse «Estudio de Historia y Filología de Aragón» y en 1930, «Estudio de Filología, Historia, Derecho y Economía de Aragón». No en vano, los modelos en los que se inspiraba eran el Institut d'Estudis Catalans, fundado en 1907 por la Diputación de Barcelona, y el Centro de Estudios Históricos, constituido en 1910 y que tenía, entre otras, una sección de Filología. El EFA coincide con el Institut d'Estudis Catalans y con la Academia de la Lengua Vasca en que es inicialmente apoyado por una diputación provincial, pero la «orientación lingüística del centro aragonés nunca quedó definida con nitidez y el compromiso financiero de la Diputación de Zaragoza resultó, comparativamente, tímido y muy limitado» (p. 13).

En España se da un período de efervescencia de la lexicografía regional, pues en el primer cuarto del siglo xx se publican recopilaciones léxicas de diversas regiones. Y en Aragón se publica en 1908 la segunda edición del *Diccionario de voces aragonesas* de Jerónimo Borao. Incluso la Real Academia Española incrementó notablemente el número de voces aragonesas de la 14ª edición (1914) a la 15ª (1925) del *Diccionario de la lengua española*, hecho al que no fue ajeno el EFA, que ocupa buena parte de su trabajo en enviar a la RAE propuestas y enmiendas de aragonesismos para el «Diccionario castellano oficial» (como lo nombra la documentación del EFA).

El nacimiento del EFA se enmarca también en el contexto sociocultural y político aragonés, con los Juegos Florales celebrados en Zaragoza entre 1894 y 1896 y entre 1900 y 1905, donde se gesta, en 1901, el proyecto del *Diccionario aragonés* que luego hará suyo el EFA. Ahí se sitúan también diversas revistas y movimientos aragonesistas. Los autores insisten al respecto: «En este mosaico, el Estudio de Filología de Aragón es una pieza olvidada por las investigaciones históricas sobre el regionalismo cultural del período considerado» (p. 16).

Coincide también con un momento en que la literatura regional, de tipo costumbrista y baturrista, se manifiesta con pujanza, desde el último cuarto del siglo xix. El grupo de literatos de la llamada «generación de 1908» se caracteriza por su composición social elitista y una orientación ideológica marcadamente conservadora, con algunos componentes autonomistas. Todos ellos —Mariano Baselga, Gregorio García Arista, Alberto Casañal, Sixto Celorrio— mantuvieron vinculación o colaboración con el EFA.

Según los autores, Benito Coll y Altabás (Binéfar, 1858-1930) «nos proporciona en sus trabajos algunos de los escasos y valiosos testimonios que, a principios del siglo veinte, se ocupan con conocimiento de causa y lucidez de la realidad trilingüe de Aragón» (nota 19, p. 20). Ferviente defensor de la creación de una «Academia del dialecto aragonés» que se encargara de la promoción de una norma lingüística unitaria que posibilitara la creación literaria en aragonés, era además muy consciente de la diferencia entre el castellano regional de Aragón, el aragonés (con sus variedades) y el catalán de Aragón.

Pero Coll no formó parte del EFA y este se creó con unos planteamientos muy distintos, pues en ningún momento aclara la realidad lingüística de Aragón ni plantea tareas de planificación lingüística respecto del aragonés o del catalán de Aragón —que ni siquiera distingue expresamente del resto de las hablas de Aragón.

El capítulo II (pp. 25-53) lo dedican los autores a exponer de una manera detallada la trayectoria institucional del Estudio de Filología de Aragón. Comienza el 7 de febrero de 1915 con el escrito de Juan Moneva a la Diputación Provincial de Zaragoza planteando la necesidad de creación de una «Oficina de estudio de la modalidad filológica aragonesa» (este escrito se reproduce en las pp. 26-27) y ofreciéndose a trabajar en ella gratuitamente como Académico correspondiente que era de la Real Academia Española. Precisamente expresa que el trabajo arrancarían con la conversión en fichas de la 14ª edición del «Diccionario oficial de la Lengua Castellana», tal como lo denomina.

Por lo tanto, desde el principio destacan dos hechos: que se trata de una iniciativa personal de Moneva (aunque en el escrito insiste en que la labor debe ser colectiva) y que «el estudio de las modalidades del habla aragonesa» es un proyecto que se introduce subsidiariamente a partir del trabajo de análisis y mejora del Diccionario de la Real Academia Española.

Los autores hacen notar la denominación de «Oficina», que recuerda a la de las Oficinas lexicográficas del Institut d'Estudis Catalans, pero también la gran diferencia entre la idea de la «Academia» esbozada por Coll y la «Oficina» planteada por Moneva:

Más precisamente, Moneva recupera dos de las propuestas de Coll (estudio del habla e inventario lexicográfico) y evita cualquier referencia a objetivos planificadores (como la selección de una variedad del aragonés que sirva de pauta para la creación literaria). En cambio, Moneva anuncia otra tarea: la recopilación del léxico aragonés arcaico (modalidades aragonesas arcaicas). (p. 27)

Sometida la propuesta a la Comisión de Fomento, se aprueba el 3 de abril de 1915 la creación de un patronato con la denominación de «Estudio de Filología de Aragón», nombrando director a Juan Moneva. En mayo se nombran seis consejeros y el 7 de junio se produce el inicio efectivo de los trabajos, tras una intensa actividad de Moneva, que consigue que una circular en que se recaba ayuda para la formación del «Diccionario aragonés» se publique en los boletines oficiales de Zaragoza, Huesca y Teruel (e incluso en los de las diócesis de Aragón) y en varios periódicos.

Pero además Moneva envió una circular en catalán a los obispos de Lérida, Seo de Urgel y Tortosa para que la publicasen en los boletines eclesiásticos de esas diócesis. Lleva fecha de 21 de mayo de 1915 y dice (transcribimos del manuscrito parcialmente reproducido en la p. 135):

«Estudi de Filologia d'Aragó
Concurs

Establert aquest Estudi per l'Excel·lentíssima Diputació de Saragossa per als fins que el títol del mateix expressa, té de esser-ne la tasca preferent l'estudiar la parla d'Aragó, no tant sols per a formar, amb la còpia necessària de donades pertanyents al lèxic aragonés i giros sintàctics d'Aragó, lo Diccionari amb el qual la nostra terra col·labora a les parles catalana, castellana, valenciana y transpirenenques, més també per a estudiar, noresmenys, la vàlua filològica d'aitals aportacions.

Aquesta feina no pot ésser feta des d'una cambra d'estudi, ni un erudit filòleg qui anès amb aqueix propòsit per tot lo nostre País podria fer-hi un avenç important; l'aportació de paraules i giros del llenguatge aragonés tè, como la millor penyora d'encert, l'experiencia...»

Aparecen ahí ideas muy significativas y recuerda la «Lletra de convid» que difundió en 1900 Antonio M^a Alcover, con quien Moneva mantuvo cierta correspondencia.

El inicio se produce con gran entusiasmo por parte de los consejeros, pero con precariedad absoluta en cuanto a infraestructura y medios económicos. Un detalle muy sintomático es que los propios consejeros deben poner dinero de su bolsillo para los gastos de correos en los primeros meses. Esa precariedad se mantendrá a lo largo de toda la vida del Estudio.

Desde el 5 de octubre de 1915 al 26 de diciembre de 1919 se produce el auge del EFA y también ya los primeros síntomas de declive. La presencia de los consejeros va disminuyendo progresivamente, mientras que Moneva gestionaba el trabajo cotidiano, del cual consignaba en los *Libros diarios* hasta los mínimos detalles. Además, entre 1918 y 1919 abandonan Zaragoza tres de los Consejeros fundadores. A eso se unen varios traslados del local que la Diputación había cedido en uso, los cuales indignan a Moneva pero demuestran el escaso peso que el Estudio tenía en la Diputación.

Por otro lado, intenta establecer vínculos con otras entidades y realiza gestiones con objeto de conseguir financiación estable, aunque la única consignación efectiva fue una partida de 1.000 pesetas para 1917, 1918 y 1919 por parte de la Diputación y del Ayuntamiento de Zaragoza. Intentó que las tres diputaciones aragonesas consideraran el EFA como proyecto común para todo Aragón, pero no lo consiguió en absoluto de las de Huesca y Teruel, y solo muy parcialmente de la de Zaragoza.

Del 2 de enero de 1920 al 4 de noviembre de 1925 se desarrolla una etapa gris, en la que ya no hay apenas gestiones institucionales, sino un trabajo constante, callado y un tanto burocrático. Después de varios traslados dentro de la Diputación, desde el 30 de junio de 1925 el trabajo del EFA se prosigue en el Archivo de la ciudad; y desde el 2 de octubre, en un piso del propio Moneva en la calle Zurita. Según consta en el tomo VII de los *Libros diarios*, el 4 de noviembre de 1925 se cierra esta primera etapa. En realidad, el Presidente de la Diputación (y curiosamente también Consejero del EFA), Antonio Lasierra Purroy, había firmado ya el 19 de mayo el dictamen de disolución del Estudio, con orden expresa de desalojo. Había fracasado, además, el intento de publicar en 1923 el *Diccionario aragonés*.

Por algunos datos que rastrean los autores, parece que los motivos de la liquidación del Estudio fueron políticos, pues es rehabilitado por la Diputación de Zaragoza el 1 de marzo de 1930, justamente a los pocos días de la dimisión de Primo de Rivera, y es liquidado nuevamente el 20 de julio de 1931, a las pocas semanas de proclamarse la II República.¹

Tras su desaparición, se borra toda memoria o información sobre el EFA. Ni *El Noticiero* ni el *Heraldo de Aragón*, los dos periódicos más influyentes de Zaragoza, contienen una mínima reseña sobre el Estudio. El mismo Moneva apenas se refiere a él en sus escritos (en sus *Memorias*, publicadas en 1952, no le dedica ni una línea).

Alvar se refiere en 1953 (*El dialecto aragonés*) a un «fichero, polvoriento, sin posibilidad de consulta, en el almacén de la Biblioteca Universitaria de Zaragoza». Al parecer, se trata de las papeletas acopiadas por el EFA.² Este fichero es el que R. Andolz denomina «Fichero Moneva» y consultó —parcialmente— para su *Diccionario aragonés* (1ª edición, 1977; 4ª edición, 1992). Por desgracia, solo cita la procedencia del «Fichero Moneva», y no la localidad o comarca donde fue recogida la voz. De paso, obsérvese la similitud del título de la obra de mosén Rafael Andolz con la del EFA; similitud que, desde luego, no solo se queda en el título.³

El capítulo III trata ampliamente de «La oficina del EFA por dentro. Proyectos, labores y resultados» (pp. 55-74). La conclusión se anuncia ya en el primer párrafo: «Los *Libros diarios* ponen de relieve una constancia de trabajo sostenida en el tiempo digna de elogio, pero ensombrecida por su falta de concreción en publicaciones que retroalimentaran la dinámica del Estudio» (p. 55).

Los autores hacen balance de las actividades y de los resultados (la mayoría de los cuales no llegaría a ver la luz pública). Y este repaso les lleva a una conclusión: «si algo queda claro al recorrer las tareas cotidianas del EFA es que nunca tuvo vocación de ser una «Academia del aragonés», sino una «Oficina de estudio de la modalidad filológica aragonesa», como la denominó Moneva en el escrito primigenio del 7 de febrero de 1915» (p. 55).

El principal proyecto llevado a cabo por el EFA fue el *Diccionario aragonés*, «el eje que vertebró toda la trayectoria del EFA» (p. 55). En una memoria de 5 de octubre de 1915, Moneva estimaba que en un año podría estar disponible para su publicación, pero nunca llegó a ser publicado.

La fase de «abastecimiento de información» comienza con la circular publicada en junio de 1915, en la que se solicitaba colaboración para la recopilación de materiales. Luego se publicaría un Boletín extraordinario de la Diputación Provincial de Zaragoza, el 11 de diciembre de 1915, con dos circulares: una, referida al acopio de «palabras, giros, refranes o cantares»; otra, para la recopilación de la toponimia de cada localidad, destinada a las autoridades municipales. De esta manera el EFA logró reunir una gran cantidad de materiales en poco tiempo, tanto referidos a léxico común como a toponimia.

En cuanto al léxico común, el *Diccionario aragonés* se nutrió de tres fuentes principales: 1) las 8000 voces del Diccionario de voces aragonesas de Boroa, en su edición de 1908, con sus anexos de Benito Coll y López Puyoles y Valenzuela Larrosa; 2) otros repertorios aragoneses presentados en los

1. Si bien el último día de trabajo documentado en el *Libro diario* es el 31 de diciembre de 1930.

2. O mejor, una parte, puesto que otra se envió al CSIC en los años 70 y parece perdida, y otra se conservó en el legado Moneva.

3. Aunque Andolz realiza, por vez primera en la historia de la lexicografía aragonesa, un diccionario con doble versión, cosa que refleja en el subtítulo: *aragonés - castellano / castellano - aragonés*.

Juegos Florales de 1901, 1902, 1903 y 1904; 3) miles de voces procedentes de colecciones completas o papeletas sueltas enviadas por colaboradores en respuesta al llamamiento público. El grueso de estas contribuciones se reunió entre octubre de 1915 y junio de 1916, si bien continuaron llegando hasta 1923. En octubre de 1924 el volumen total de papeletas de voces aragonesas suma 239.509, que una vez lematizadas, unificadas las repeticiones, etc., quedan en 34.422 entradas lexicográficas diferentes (según informa el *Libro diario* de 11 de julio de 1924 y confirma el *Índice del Diccionario aragonés*, manuscrito inédito de 1924).

Esto es, pues, lo que iba a ser el *Diccionario aragonés*. La obra señala sistemáticamente la procedencia del léxico (lo cual puede considerarse un hecho relevante en su tiempo, en cuanto a metodología científica). Ahora bien, no tenía límites temporales ni geográficos, salvo el correspondiente a Aragón. Esto coincide con la indefinición de Moneva y del EFA en cuanto a espacios lingüísticos en Aragón. En efecto, entre las que nutren el fichero hay colecciones de voces de hablas altoaragonesas, del español regional de Aragón y de algunas hablas catalanas.

Según Aliaga y Benítez, «quizá no se terminó de encontrar el apoyo teórico imprescindible» para «abordar el estudio de las hablas aragonesas» y por tanto «el EFA no acierta —o no desea hacerlo— con el estatuto lingüístico de las diferentes variedades aragonesas...». Así resumen su opinión general sobre el *Diccionario*:

En suma, Moneva hace tabla rasa de la encrucijada lingüística aragonesa y moldea el *Diccionario* según un ideal de lexicografía *panaragonesa* y *mancomunada*, en consecuencia con su pensamiento regionalista, donde los hechos lingüísticos quedan acotados por un criterio territorial de fundamento histórico-político. De ahí que imaginara, asimismo, al pueblo aragonés en su conjunto como autor (izador) de la obra y a todas las instituciones de la región corresponsables de una empresa común. (p. 60)

Los autores llaman la atención (nota 86, p. 60) sobre las similitudes y divergencias del proyecto del EFA con el *Diccionari català-valencià-balear*, que Antoni M^e Alcover estaba desarrollando en la misma época. Junto a elementos «llamativamente compartidos», hay una discrepancia sustancial: el criterio delimitador de Alcover fue geolingüístico (todos los territorios de habla catalana), mientras que el del EFA fue «geoadministrativo».

El rasgo más peculiar de la metodología seguida con el *Diccionario aragonés* fue la difusión de las colecciones de voces aragonesas en los Boletines oficiales (de Huesca y de Zaragoza; en el de Teruel no fue posible) para someterlas a examen del público y también para otorgar así una especie de legitimidad. Fue algo así como someter la obra —solo que en borrador y por partes— a información pública y a un período de alegaciones. Ahora bien, aunque las colecciones de voces publicadas (pueden verse todas las referencias, que van de 1916 a 1923, en la nota 88, pp. 62-63) tenían el carácter de borrador, en la práctica fue el único resultado lexicográfico que llegó a publicar el EFA.

Pero el *Diccionario aragonés* no fue el único proyecto lexicográfico acometido por el EFA. También se nutrió de los mismos materiales el *Vocabulario de Aragón* que se remitió en 1924 a la Real Academia Española para concurrir al Premio extraordinario del Duque de Alba, convocado en 1922 con el tema «Vocabularios Regionales». Se trata de un manuscrito de 1741 páginas, en el que aparece como autor Juan Moneva.⁴ Se conserva en los fondos de la RAE y fue editado por Aliaga en 2004. Contiene 12.917 entradas, frente a las 34.422 previstas para el Diccionario, por lo que se puede considerar una versión abreviada de este.

En los *Estatutos* del EFA se coloca el *Cancionero aragonés* como segundo objetivo preferente. La circular de 1915 pide «el envío de materiales adecuados a la formación del Diccionario y del Cancionero». Aunque apenas se recibieron cantares originales, por lo que la tarea se centró en la reducción a papeletas de los de obras ya publicadas.

4. Este dato muestra la consideración de obra personal que tenía para él.

Otro aspecto del trabajo del EFA fue su colaboración con la Real Academia Española. La primera tarea, que ocupó el periodo interino (abril-octubre 1915), consistió en reducir a fichas la 14.^a edición del Diccionario académico, lo que sirvió para formular enmiendas y adiciones, mediante una labor de revisión que se prolongó de 1916 a 1920.⁵ También se preveía aprovechar las fichas para confeccionar un «Diccionario castellano de raíces», obra que finalmente no se realizó. Por otro lado, entre diciembre de 1915 y septiembre de 1916 el EFA realizó 26.000 fichas de voces anticuadas entresacadas del *Cancionero* de Pedro Manuel Ximénez de Urrea, que envió a la Academia.

En cuanto a otros proyectos, destacan la impartición de cursos de idiomas (griego, latín y sobre todo alemán entre 1918 y 1921) y las series de conferencias sobre temas históricos y literarios. De especial interés nos parece un curso que se desarrolló en febrero y marzo de 1923 con el título de «Filología de las lenguas románicas: catalán comparado con el aragonés», que, por lo que se deduce del programa detallado en el *Libro diario* (puede verse en las pp. 489-496), son más bien clases de catalán. Al parecer (las actas no lo aclaran) el profesor fue Joan Bergós Massó, quien aparece como asistente todos los días del curso.⁶ También hubo unas sesiones de ejercicios prácticos de fonética del catalán en junio de 1916.

En 1924, tras ser rechazada la publicación del *Diccionario aragonés*, la línea de trabajo del EFA se reorienta y centra su atención en la documentación del Archivo de la ciudad de Zaragoza. La conclusión de los autores es que se observa más bien improvisación y se echa en falta una planificación periódica.

El capítulo IV (pp. 75-90) se dedica a «Las lenguas de Aragón en el Estudio de Filología de Aragón» y contiene no solo información, que se puede deducir de los *Libros diarios*, sino también reflexiones y juicios de los autores, que consideramos muy acertados.

Los autores explican que para entender el tratamiento que las lenguas de Aragón tuvieron en el EFA, además del contexto nacional y regional, hay que tener en cuenta las circunstancias que concurrían en la figura de Juan Moneva: su nombramiento en 1914 como académico correspondiente de la Real Academia Española y su aragonésismo de carácter conservador.⁷ Observan al respecto:

desde el principio la consideración de las lenguas de Aragón en el Estudio estuvo marcada, de una parte, por esa supeditación al castellano, en general, y a los fines de la Real Academia Española en particular [...]; y, de otra, por su interés como objeto de estudio y parte integrante de la cultura aragonesa, lo que en cierta manera [...] le permitió desarrollar un proyecto diccionarioístico independiente del académico, pero en ningún caso guiado por el propósito normativizador demandado por Benito Coll y otros intelectuales, al menos, en lo que al aragonés se refiere. (p. 79)

Muestra de esa supeditación al castellano son, por ejemplo, la redacción de «2.060 papeletas de correcciones al Diccionario oficial de la Lengua Castellana» (*Libro diario*, 7 de febrero de 1920), o la publicación por Moneva de la *Gramática castellana* (1925), que incluyó usos dialectales aragoneses y para cuya redacción aprovechó materiales del Estudio.⁸

Un apartado de este capítulo, «El aragonés y el catalán en el imaginario lingüístico del EFA», resulta a nuestro juicio fundamental. En él reconocen los autores que, paralelamente al trabajo que desarrolló

5. Al respecto, es interesante observar que María Moliner fue colaboradora interna desde diciembre de 1916 a octubre de 1917 y secretaria redactora desde noviembre de 1917 a septiembre de 1921: he aquí su aprendizaje para la redacción de su diccionario.

6. Y algunos otros. Por ejemplo, el día 7 de febrero de 1923, en que se consigna: «Son hechas 252 papeletas con voces aragonesas de la villa de Fraga, por Bergós, sacadas del vocabulario de voces usadas en dicho lugar, de P. Barnils» (p. 488). Obsérvese el sintagma «voces aragonesas» (y no «voces catalanas»).

7. Fue el ideólogo de Acción Regionalista Aragonesa (ARA), que incluía entre sus propuestas la creación de un Centro de Estudios Superiores según el modelo catalán del Institut.

8. El *Vocabulario de Aragón* lo editó J. L. Aliaga en 2004. Sobre la *Gramática castellana* puede verse: Val Álvaro, J. F.: «Dialecto y 'dialectalismos' en la *Gramática castellana* de Juan Moneva», *Archivo de Filología Aragonesa*, 56 (1999-2000), pp. 45-61.

para la RAE y para el castellano, en general, desarrolló otro independiente y no menos importante, como fue el proyecto del *Diccionario aragonés*. Ahora bien, precisan que:

el ámbito de recopilación de materiales que tuvo en cuenta la entidad fue todo el territorio lingüístico aragonés y, por lo tanto, las tres lenguas que coexisten en el mismo, aragonés, castellano y catalán, tal como manifestó Moneva en la carta que dirigió a los Presidentes de las Diputaciones de Huesca y de Teruel (*Libro diario*, 7 de enero de 1916). (p. 81).

La cita a la que aluden merece ser también transcrita:

Este Estudio, patrocinado por la Excelentísima Diputación de Zaragoza, se propone la investigación de las palabras, modismos, refranes y cantares de uso entre el pueblo de Aragón, en todo el territorio de este Reino, igualmente de los que tienen forma castellana y de los que notoria o dudosamente provienen de la lengua catalana, de la francesa, de la provenzal o del dialecto valenciano, como sucede en las poblaciones de Aragón que vüan esos respectivos países. (Vid. p. 181).⁹

Los autores destacan al respecto que las tres lenguas de Aragón están representadas, tanto en los datos de toponimia como en las voces y colecciones léxicas recopiladas, incluso también en los escritos de los colaboradores externos (que a veces acompañaban el envío de los repertorios).

La variedad geolingüística está mejor representada en la recopilación de toponimia, quizá porque el modelo normalizado de ficha era más preciso y se utilizó como único cauce de recogida el oficial de los ayuntamientos (de hecho, esto permitió recopilar la toponimia de más de 800 municipios de Aragón).

Aunque también el vocabulario general refleja esa variedad, pues el territorio de habla aragonesa aparece bien representado en algunas colecciones de voces, como las de Pedro Arnal Caveró, Eduardo Cativiela, Tomás Costa, Vicente Ferraz, Joaquín Gil Berges, Nicolás Santos de Otto, Francisco Salame-ro, etc.; el de habla catalana en otras, como las de Gregorio Burgués y Foz, Felipa Molins, Pilar Rebullida, Ángel Zurita, etc.; y el de habla castellana en las de Juan Blas y Ubide, Fernando de Juan, General Forniés, Jorge Jordana, Luis Rais, etc.

En cuanto a cartas de presentación de los materiales, no faltan las escritas en aragonés (Manuel Martínez, médico natural de Berdún; Mosen José María Nerín, párroco de Sahun) ni en catalán (Ángel Zurita y Vergara, de Benabarre, diputado provincial por el distrito Benasque-Tamarite).

La recopilación de estos materiales —así como la edición de los todavía inéditos— puede servir para un mejor conocimiento de las hablas aragonesas, pero este trabajo, como señalan los autores:

puede ponerse al servicio de una doble opción ideológica y lingüística: la de utilizar los materiales recopilados para fortalecer un modelo de lengua unitaria, incorporando los datos de la variedad geográfica al léxico común; o la de emplear esas mismas informaciones dialectales para evidenciar una diversidad que intente, como mucho, fortalecer pequeños localismos lingüísticos, excluyentes entre sí, en aras de una hipotética conservación de sus respectivas hablas y, como poco, poner de manifiesto la imposibilidad de construir un modelo unitario de lengua. (pp. 84-85)

Pues bien, los autores son tajantes al respecto: «El Estudio de Filología de Aragón y su Director se situaron claramente en la segunda posición ideológica señalada» (p. 85). Es decir, una posición motivada por «un propósito dialectalista centrado en poner de relieve la diversidad geolingüística de Aragón y la dificultad de establecer una norma común, [...] el deseo de cooperar con la Real Academia Española desde tal planteamiento lingüístico y su aragonesismo que entendía «que tot ho que's parla a Aragó es aragonés»» (p. 85), tal como expresa Moneva en una carta a Ángel Zurita el 19 de mayo de 1916.¹⁰

9. Por cierto, véase que Moneva emplea el verbo aragonés *buar*, variante de *bugar* 'limitar, lindar'.

10. Puede verse en el *Libro diario*, 19 de mayo de 1916, p. 230: «Haig rebut les teues paperetas; son com moltros

Así, obviando los datos recibidos de los colaboradores y las observaciones de los primeros estudios científicos sobre el aragonés (como los de Pedro de Múgica, J.-J. Saroihandy, Benito Coll, Vicente García de Diego, Ramón Menéndez Pidal, que según los autores eran conocidos por la entidad y su director), el EFA renunció a establecer áreas dialectales y todos los materiales recopilados, con independencia de su filiación lingüística, formaron parte del *Diccionario aragonés*. Al respecto, los autores concluyen:

«Esta indefinición a la hora de delimitar los territorios correspondientes a cada una de las lenguas propias de Aragón por parte del Estudio llevó consigo la ausencia de un reconocimiento explícito de aquellas.» (p. 87)

La observación nos parece muy pertinente; personalmente pensamos que es el quid de la cuestión. Por desgracia, esta postura continúa vigente hoy en Aragón con bastante vigor.¹¹

De hecho, en la práctica, parece que sí hay un reconocimiento del catalán como lengua, pues así lo manifiesta Moneva en algunas declaraciones; además, se impartieron cursos de catalán y en esta lengua se redactaron algunos escritos del Estudio. Pero esta condición de lengua dada al catalán no se relaciona con las hablas lingüísticamente catalanas de Aragón; y desde luego, tampoco se concedió al aragonés.

Los autores lo achacan a las ideas precientíficas vigentes entre los consejeros, lo que les lleva a apostillar: «Desde esos planteamientos lingüísticos e ideológicos, no es de extrañar que el Estudio de Filología de Aragón no acertara a establecer un estatuto adecuado para las lenguas de Aragón» (p. 89).

El punto de vista positivo es que de esa «oportunidad perdida» quedó, por un lado, el importante acopio de materiales dialectológicos y, por otra, la experiencia del EFA, con sus claroscuros, de la cual se puede aprender para la actualidad.

La parte positiva del libro podía haber terminado perfectamente con este balance del proyecto, pero los autores han querido añadir un capítulo más, sobre el papel de la mujer en el EFA (pp. 91-99). Según ya puso de manifiesto M.^a Pilar Benítez (2010), resulta novedosa, por la época, la participación de las mujeres como colaboradoras, tanto externas como internas.

Más de una docena de mujeres aportaron datos o colecciones de voces; los autores destacan la calidad de los repertorios del Bajo Aragón debidos a Felipa Molins y Pilar Rebullida. En los equipos internos de trabajo (estudiantes colaboradores) había cuatro hombres y cuatro mujeres. Los autores destacan a Serafina Javierre,¹² y María del Pilar Lamarque.¹³ En el grupo de los secretarios redactores, uno de los cuatro puestos era para una mujer: la primera fue Áurea Javierre Mur.¹⁴ La segunda, ya totalmente integrada y con remuneración, fue María Moliner Ruiz, que tuvo ocasión de formarse entre 1916 y 1921 como filóloga y lexicógrafa¹⁵.

El libro se completa con la Bibliografía (pp. 101-104), Índices (pp. 105-123, de colaboradoras y colaboradores, de visitantes y de asistentes a cursos), así como con un amplísimo Apéndice (pp. 125-

volem. Tingas present que tot ho que's parla a Aragó es aragonés, i que tota paraula, frase, adagi o rondalla que's diu o 's canta a Aragó, pot ser i deu ser papereta d'aquet Estudi».

11. No tanto en el campo académico o científico, sino en el campo político sobre todo, como demuestran el texto del artículo 7 del Estatuto de Autonomía o el anteproyecto de Ley de Lenguas presentado públicamente por el Gobierno de Aragón en abril de 2012 para enmendar la vigente Ley 10/2009, de uso protección y promoción de las lenguas propias de Aragón, aprobada por las Cortes de Aragón en diciembre de 2009 y en vigor desde el 30 de enero de 2010.

12. Que llegó a ser Jefa del Servicio del Depósito Legal del Instituto Bibliográfico Hispánico.

13. Que fue Jefa de la Sección de Hispanoamérica de la Biblioteca Nacional.

14. Primera licenciada en Filosofía y Letras en la Universidad de Zaragoza y primera aragonesa que alcanzó el grado de doctora, que llegó a ser destacada medievalista y Jefa de la Sección de Órdenes Militares del Archivo Histórico Nacional.

15. Como es sabido, ocupó importantes cargos en Bibliotecas, pero fue inhabilitada por el régimen franquista, y se dedicó a partir de entonces a la redacción de su *Diccionario de uso del español*.

601), que inclueix els Estatuts del EFA, il·lustracions (con varies interessants reproduccions) i els *Libros diarios de trabajos*, en total ocho tomos que recogen la activitat del EFA dia a dia i donde se encuentran detalles curiosos, nombres, datos, reproducciones de cartas y otros documentos. Son, sobre todo, una crónica de la marcha de los trabajos que reflejan la constancia y minuciosidad de Moneva.

Quizá pueda parecer excesivo transcribir los apuntes diarios de once años de trabajos (de 1915 a 1925 más 1930), pero los autores han juzgado oportuno ofrecernos este abundante material —455 páginas en tipografía diminuta—, cuya lectura atenta depara sorpresas abundantes y que ha nutrido de datos precisos el libro que nos ocupa. En todo caso, hay que agradecerles la ardua tarea de transcripción de tantas páginas manuscritas de una documentación que puede ser útil para estudiar aspectos culturales de la Zaragoza de aquellos años.

En definitiva, estamos ante un libro imprescindible para conocer en profundidad la historia del EFA y sus realizaciones, pero, más allá de eso, contribuye también al conocimiento de la vida cultural aragonesa y de la ideología lingüística en Aragón en la segunda y tercera décadas del siglo xx. Además, anuncia la edición de nuevos materiales: en la Bibliografía, bajo la entrada EFA, se recogen, entre otros, el *Borrador [del] diccionario aragonés (A-D)* (h. 1923) y el *Índice del Diccionario aragonés* (1924), manuscritos inéditos del legado de Juan Moneva, en los que se hace constar: Edición y estudio en preparación, por J. L. Aliaga Jiménez y M^a P. Benítez Marco. Además, en la *Memoria* de 1919 también se anuncia: Edición y estudio en preparación por M^a P. Benítez Marco.

No está ahí anunciado, sin embargo, un libro de J. L. Aliaga que acaba de aparecer y que contiene buena cantidad de documentos inéditos, entre ellos varios interesantes repertorios léxicos, pertenecientes al legado Moneva: *Las lenguas de Aragón en el primer tercio del siglo veinte. Vol. I. Inéditos, rarezas y caras B* (Zaragoza, Institución Fernando el Católico / Pressas Universitarias de Zaragoza / Gara d'Edicions, 2012). Y solo es el primer volumen: convendrá, por tanto, continuar al acecho.

Francho NAGORE LAÍN
Universidad de Zaragoza

ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro (2011): *Los diccionarios del español moderno*. Madrid: Ediciones Trea, 246 p.

Pedro Álvarez de Miranda és catedràtic de la Universitat Autònoma de Madrid i membre de la Real Academia Española. Des de la publicació el 1992 del seu llibre *Palabras e ideas: el léxico de la ilustración temprana en España (1680-1760)*, ha estat un excepcional especialista de la lexicografia i lexicologia del castellà i ha publicat tot un seguit d'articles que recull ací renovats i estructurats. Diu al pròleg que no es pot escriure una història del lèxic espanyol, però el llibre que ressenyem ja ho és a partir del segle XVIII. En la primera part s'estudien l'anomenat *Diccionario de autoridades* (1726-1739), el diccionari del jesuïta Terreros (1767, bé que publicat el 1786-1788), el de Vicent Salvà (1846-1847) i el *Diccionario del español actual*, dirigit per Manuel Seco (1999). A més compara les dues temptatives de realitzar un diccionari històric (1933 i 1972 i ss.).

El *Diccionario de autoridades*, que no duia aquest nom, però que hom l'hi ha donat perquè autoritza les paraules amb citacions de texts, va sorgir quan l'Acadèmia va prendre consciència del que es feia a França amb el repertori de 1696 i sobretot a Itàlia amb el diccionari de la Crusca (edició de 1691). Però cal dir que *Autoridades* va superar aquestes obres amb escriure, puix que presenta un enfocament descriptiu molt modern i alhora històric amb els corresponents texts documentals. És una obra que compleix i supera el propòsit expressat en el pròleg. No és pas una obra purista com el *Dictionnaire* francès, puix que s'obre als provincialismes, sobretot d'Aragó (aportacions de Siesso) i de Múrcia (aportacions dels PP. Alcázar). La finalitat de l'obra era recollir el lèxic de l'anomenat *Siglo de Oro*, però la ultrapassa cronològicament per les dues puntes, puix engloba lèxic medieval i també del mateix segle XVIII, el vocabulari de la germania (abocant-hi la replega de Juan Hidalgo, 1609), tecnicismes d'agricultura, botà-